

## AMERICANIDAD (\*)

Al empezar a hablaros desde esta cátedra eminente. fluctúa mi ánimo entre dos encontradas emociones, porque hay en este diploma una distinción que me exalta, pero hay en este homenaje una generosidad que me abruma. Parecería hipócrita si yo discutiera la justicia de este veredicto después de haberlo aceptado, y si llegara a engreírme de él, incurriría en pecado de inmodestia, cosa ingrata para los extraños. Permittedme, por eso, que, manteniéndome en los límites de la discreción y de la sinceridad, acate el voto de mis pares en el Consejo Superior y diga simplemente: gracias, con la fórmula ingenua de un corazón conmovido.

Insigne honor representa el diploma que acabais de poner en mis manos, señor Rector; y yo lo agregaré a los que diversas universidades de mi Patria y de otras naciones del Continente me otorgaron y que yo acepté, no como premio de mi labor pasada sino como compromiso para mi labor futura, porque yo no he nacido para dormir sobre laureles. Así, el gaucho sabía que si a veces su fatiga puede encontrar almohada en el recado, el recado no se ha hecho para dormir sino para cabalgar. Seguiré cabalgando, pues, señor Rector, aunque sean lejanas las metas que vuestra elocuencia me señala.

---

(\*) Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada por el doctor Ricardo Rojas con motivo de la entrega del título de doctor *honoris causa* acordado por el H. Consejo Superior de la Universidad Nacional del Litoral.

En cuanto a este homenaje público, diré que todo en él me conmueve. Conmuéveme el saberme incorporado a esta Universidad del Litoral que, años antes de su fundación, yo presagié en un discurso del Rosario, por lo cual considero que algo mío está en ella, y me enternece saber que ahora vosotros me contáis entre los vuestros. Conmuéveme también el oírme alabado por el Rector Doctor Gollan, no sólo por su jerarquía rectoral sino por su propia jerarquía personal revelada en el ejercicio de este cargo, mostrando cómo su talento armoniza el entusiasmo creador de un joven y la madura reflexión de un sabio. Conmuéveme asimismo el dirigir la palabra a este auditorio imponente en que están representadas las más altas expresiones de la cultura santafecina. Y conmuéveme, por fin, el advertir que esto me ocurre en Santa Fe, ciudad que entre sus muchos galardones históricos tiene el de ser llamada la Ciudad de la Constitución, es decir, la ciudad de la Justicia, del Derecho y de la Libertad. Aquí se reconciliaron al fin nuestros catorce pueblos y de aquí partimos, como con el arca, en busca de nuestra tierra prometida que está en el porvenir.

Dada la índole de mi sensibilidad y de mi pensamiento, no he podido omitir la alusión a tal hecho, hablando en este lugar, y espero que en 1953 podremos celebrar el centenario ya inminente de esa Constitución, y que ella seguirá siendo el pacto de nuestra alianza civil y una consigna para los argentinos que en esta época turbia no hemos querido traicionar a la Patria.

Habéis oído al señor Rector, que deliberadamente la Universidad ha buscado asociar este honor que me dispensa y la fecha del descubrimiento de América, considerando para ello el sentido americano de mi obra; pero yo sé además que ésta ha sido una manera sutil y gentil de sugerirme el tema sobre el cual yo debía hablar esta tarde, y no puedo esquivar esa proposición. Hablaré, pues, de americanidad; pero como el tema es enorme, tengo miedo de dos cosas; excederme en la síntesis emocional del asunto, o a abusar del tiempo, y no

querría someter a esa prueba vuestra conciencia. Dadas las muchas ideas que el análisis requiere, he traído aquí una anotación pedagógica, sin otro objeto que tirarme del saco para no dejarme tentar por la elocuencia, y para no omitir la mención de algunos hechos esenciales. En esta disertación procuraré ser útil, más que ser agradable; y os invito a meditar sobre las cosas que voy a decir.

Es increíble cómo, aun la gente culta, concluye por manejar las palabras sin examinar su valor, según se deja circular a veces la moneda falsa o de cuño borrado por el uso, sin que nadie averigüe la procedencia del signo, o cual era la efigie de ese cuño borrado.

Empezaré por prevenir vuestra atención sobre el significado de algunos de los conceptos que la palabra "americanidad" me sugiere y de voces afines que empleamos en nuestra conversación, en nuestra enseñanza, en nuestro periodismo, en nuestra política, sin saber a veces lo que decimos.

Americanidad es, desde luego, palabra que se deriva de América; pero América no es el primer nombre de este Continente. Colón iba hacia las riberas del Asia cuando nuestra tierra se le interpuso entre dos mares. El nada sabía de esto; y al bajar en la Guanahani creyó que había llegado a Cipango o al Catay; o sea, creyó que había llegado a las riberas del oriente. Por ese error, nos llamaron "Las Indias", y cuando los descubrimientos marítimos en el Pacífico, a partir de Magallanes, demuestran que esto no es el Asia, surge en Europa la denominación de Indias Occidentales, para distinguirlas de las Indias Orientales que las navegaciones portuguesas hicieron conocer en el Oriente; y por haber llamado Indias a estas tierras, les llamaron "indios" a sus habitantes, y siendo indio el continente, fué indiano todo el contenido, y se habló de "flora indiana", de "fauna indiana", de "historia indiana" y hasta de "política indiana", título de un libro famoso. De tales circunstancias se ha derivado el nombre de "indio" para el nativo de América; pero hubo en ello una doble equívoca-

ción: ni esto era la India, ni sus pobladores eran indios, y no siendo la India, no debió llamarse indio su hombre autóctono.

Después aparece el nombre de “América”. Unos quieren que provenga de una montaña centroamericana; otros, que sea un escamoteo de Américo Vespucio, hombre muy despierto que gracias a un mapa se convirtió en epónimo del nuevo continente, dejando al pobre Colón burlado con ello. Segundo episodio de nuestra vicisitud: después del error geográfico, el escamoteo cartográfico.

Pero este nombre — América — ha tenido ventura; ha durado hasta hoy; lo pronunciamos con cariño. Cuando lo repetimos no nos acordamos para nada de aquel Vespucio; y hasta nos suena mejor que ‘India’ hoy anticuado. Encontramos de mucha belleza la palabra América, por su enérgica esdrújula y por la combinación de sus consonantes y vocales; prestigiosa no sólo por su larga tradición histórica sino por su sonoridad. Voz de leyenda literaria, ya el tiempo no podrá borrarla.

Mas, he ahí que habiendo sido América colonizada por varias naciones europeas, hubo en ella un pueblo que primero rompió la marcha de la emancipación: las colonias inglesas del Norte, que en el siglo XVIII constituyéronse con el nombre de Estados Unidos de América. Al hacerse libre, esa nueva nación venció a Inglaterra, su poderosa metrópoli, y apareció ante el mundo, proclamando los principios de la democracia antes de la Revolución francesa. Dicho pueblo creó la primera Constitución moderna y abrió el camino a Francia para la propia revolución; luego creció en el trabajo y la libertad. De ese mayorazgo resulta que toda Europa llama *América* a Estados Unidos y que los Estados Unidos llaman América a su país, y cuando ellos dicen “american”, es como si yo dijera, “soy argentino”, y cuando un francés, un italiano, un inglés, un alemán, un ruso, dicen que tal cosa pasa en América, o que América quiere tal cosa, no nos hagamos la ilusión de creer que a nosotros se refiere. Tercer problema de

nuestra americanidad: equívocos del nombre, que ya no provienen del descubrimiento, sino de la emancipación.

De la voz América se han derivado — como americano — americanismo y americanista. Examinemos estas otras palabras.

En el siglo XIX, algunos sabios europeos comienzan a estudiar nuestra América prehistórica. Es el momento en que nace la rama de la ciencia europea llamada orientalismo. Se ha empezado a estudiar el sánscrito y su cultura y por ahí se ha entrado al estudio del árabe, del chino, del japonés, abriendo un horizonte infinito al conocimiento de una mentalidad humana distinta de la europea, como es la asiática, y por ahí se ha despertado una curiosidad benévola hacia los pueblos primitivos, queriendo entender qué es un pueblo primitivo como el de Oceanía, por ejemplo. Con la egiptología, la arqueología, la etnografía, las mitologías comparadas y la filología de las lenguas no clásicas, nace una actividad científica europea para estudiar a la América prehistórica y al hombre americano indígena, sus idiomas, su constitución étnica, su valor psicológico, sus ritos, sus civilizaciones autóctonas, y con ello su folklore musical, y los monumentos arquitectónicos de Méjico, de Centro América, del Perú, restos materiales de su cultura. Los sabios de allá vienen a romper las entrañas de América para buscar sus momias y sus ruinas milenarias, y crece una bibliografía copiosa sobre tales cuestiones. Así se pasó a organizar una rama del estudio general de la civilización, disciplina nueva llamada americanismo, que no tiene nada de común con tendencias políticas de ese nombre, aunque las veredas descubiertas por los sabios han nutrido nuestra conciencia estética, según lo tengo explicado en *mi Silabario de la decoración americana*, libro sobre la Simbología y la estilística de la iconografía aborigen.

Aquellos primeros americanistas fueron suizos, franceses, ingleses, alemanes, italianos, y son hoy famosos; se llamaron Humboldt, Brasseur de Bourbourg, Rosni, Tschudi, Markham, Wiener, para no citar sino a algunos de los ya fallecidos.

A favor de este movimiento renació el estudio del quichua, del maya, del azteca y otras lenguas americanas, a la vez que se organizaban museos de nuestras antigüedades en Londres, Berlín, Roma, París y Madrid. Aquellos primeros americanistas no se redujeron a publicar libros, sino que resolvieron reunirse de tiempo en tiempo para conocerse o comunicarse sus inquietudes, sus teorías, sus hallazgos. Tal fué el origen de los hoy llamados “Congresos internacionales de americanistas”, en cuyas reuniones iniciales no figuraron americanos, porque nosotros, entretanto, dormíamos, esperando que ellos nos dijese quiénes somos y cómo nos llamamos. Aun hoy, los mejores manuales de esta materia — como el de Beuchat, — son obra de americanistas europeos.

Algunos de dichos sabios europeos llegaron a sostener que la civilización se ha generado en América; hipótesis propia de una época romántica; pero de tales especulaciones surgieron especialistas de severo método y algunos como Ulhe, Booman, Posnansky, vinieron a trabajar sobre el terreno y consagraron a América su vida.

El actual reglamento de los citados Congresos dispone reuniones bienales, alternando una en Europa y otra en América. A las reuniones en Estocolmo, Berlín, París, Londres, Roma, o en Madrid para el cuarto centenario del descubrimiento de América, el año 1892, les siguieron otras más modernas, en Nueva York, Río de Janeiro, Méjico, y en Buenos Aires con motivo de nuestro centenario de la independencia, el año 1910, porque ya se había fundado un americanismo cultivado por americanos, cuyos precursores fueron en la Argentina, Mitre con su estudio sobre Tiahuanaco, Vicente F. López con su libro sobre las razas del Perú y, en otros temas, Ameghino, Lafone Quevedo, Ambrossetti, Adan Quiroga; cuyo impulso habría de cuajar en institutos universitarios que hoy continúan la tarea.

La colaboración de especialistas americanos y las reuniones de esos congresos en América, clausuró el primer período del americanismo a distancia, dando a esta ciencia un acento

más vivo y un escenario más adecuado, como pude verlo en la reunión de 1939, realizada en Lima. Invitado a este Congreso, presenté un plan sobre el estudio del quichua por colaboración interuniversitaria de las cinco naciones que hablan o han hablado ese idioma; plan que fué aprobado por unanimidad.

Yo había visto en las calles, no sólo en el Cuzco de los Incas, sino en la Lima de los virreyes, pasar muchos indios con sus ponchos, y cholos, mestizos de indios; de modo que el tema prehistórico tornábase actual. Cuando yo presenté mis proposiciones sobre el quichua, resultó que la mesa en que estábamos se convirtió en un centro de agitación emocional; un profesor de la Universidad de San Marcos, y un profesor de la Universidad del Cuzco, autores de libros, me dijeron: "Por que yo soy indio, doctor"; y cuando vieron que yo defendía los valores indígenas, se conmovieron tanto, que me dijeron además: "Creíamos que la Argentina quería ser gringa, que Buenos Aires nos había dado la espalda para siempre; y nos conmueve el ver a un hombre de aquel país hermano reivindicar esas tradiciones que son tema de la ciencia pero también realidad viviente y problema político en nuestros países". De manera que una reunión de americanistas en Estocolmo era una cosa algebraica, extraña al indio vivo, pero una reunión de americanistas en Méjico, o en Perú, es como una resurrección de la antigua raza.

El turista en su viaje por aquellas regiones, no ve sino el espectáculo pintoresco; el indio con su poncho multicolor o la chola con sus muchas polleras; pero esa gente bronceada es el hombre americano que encontró Colón, y que aún no ha muerto. No sabemos cuantos son, porque la mayoría de esa gente vive en la campaña y porque los censos ocultan su número, aunque es hoy cosa aceptada que en nuestra América viven más de cincuenta millones de indígenas, y casi todos hablan sus antiguos idiomas.

Se calcula que llegan a trescientos los dialectos autóctonos que han desaparecido después de 1492; en la Argentina, por

ejemplo, parecen en todo el proceso colonial cerca de cincuenta hablas indígenas, contando los pequeños dialectos regionales, de los cuales quedan nombres de lugares. Pero se mantienen todavía en el país lenguas como el quichua en Santiago, como el araucano en Neuquén y el guaraní, que se hablaba en toda esta ribera y se habla todavía en Corrientes, Misiones, parte del Brasil y, desde luego, en el Paraguay, que se engríe de ser guaraní. En el Brasil han desaparecido otros tantos dialectos, pero subsisten muchas lenguas y entre ellas el tupí, gemelo del guaraní; *lingoa geral*, que se habla en las regiones que corren desde nuestro Litoral hasta el Caribe. Y como en Brasil o la Argentina, millones de autóctonos, en Centro América, México, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, mantienen sus primitivas lenguas.

Ved ahí cómo el americanismo científico, de tanta importancia para la historia universal y para el arte, trasciende de lo prehistórico y viene a desembocar en realidades sociales contemporáneas, que son problema pedagógico, económico y político para la América actual, cada vez más empeñada en conocerse a sí misma y en afirmar su propia personalidad.

En Estados Unidos quedan hoy unos 350.000 indios, asistidos por una novísima legislación; hay pues allá más indios puros que en la Argentina y ya quisiéramos para nosotros el régimen con que allá se los trata. Una ley sancionada en 1936 por el Parlamento, crea el gobierno autónomo de los grupos indígenas, y se somete esa ley a un plebiscito de los indios, para que cada tribu declare si acepta o no esa ley, si quiere o no regirse por ella. El Ministerio del Interior mantiene un Departamento encargado de estos asuntos, a cuyo frente se halla Mr. Collier, y colabora en este servicio un experto personal de pedagogos, de médicos, de antropólogos, de higienistas, para estudiar la marcha de esas agrupaciones humanas. Asombroso es el progreso que en cinco años de aplicación de dicha ley se ha logrado en la natalidad, en la morbilidad, en la belleza física de los niños, en el rendimiento de trabajo, en las condiciones espirituales de la vida. Aquella gran nación, que

algunos juzgan por el cinematógrafo o el jazz, está realizando el experimento más notable que se haya hecho en América para la salvación de sus últimos residuos indígenas. Quienes dirigen ese movimiento, quienes lo administran, quienes le dan fundamento científico, han comprobado la aptitud del indio para la civilización, y declaran que en estos momentos del mundo la salvación de nuestros pueblos está en el retorno a la conciencia histórica indígena, porque el indio fué la primera expresión de la tierra a través del hombre. El fué el creador de nuestros primeros dioses; él entendió el lenguaje de los pájaros y de las aguas, él dió nombre a las cosas; y si estos pueblos necesitan para salvarse como naciones y como democracias, de una mística que los adhiera a la tierra, y de un sentido de la justicia popular, ese sentido se lo ha de dar el indio. En esta nueva elaboración de los Estados Unidos, el indio está pasando a ser el mito de lo genuinamente americano.

Tal ha sido la última consecuencia política del movimiento que los americanistas europeos iniciaron en el plano científico y que luego pasó a América, donde está produciendo múltiples frutos.

Bien sabéis que yo he predicado estas mismas ideas durante más de treinta años hasta sistematizarlas en *Eurindia* y hasta idealizarlas en Ollantay, por eso veo con íntima satisfacción el avance de aquel ideal en nuestros pueblos.

Entramos en otra fase de mi tema, y para ilustrarla echemos una mirada al mapa de nuestro Continente.

América se extiende de Norte a Sur, del Artico al Antártico, casi de polo a polo, entre dos anchos océanos. Hay una zona como de penumbra en el Norte, que puede ser el Canadá, donde se habla francés en parte y también inglés; dominio integrante de la comunidad de las naciones británicas, Canadá tiene congreso y representación diplomática, vota la paz y la guerra, pero ha vivido un poco fuera de la tradición política de América, aunque con motivo de la actual crisis del mundo, ese país se ha asomado ya a mirar hacia el Sur, como si previera su inevitable incorporación a la comunidad americana. La

otra zona de penumbra está en la zona austral, en nuestra Patagonia y el archipiélago magallánico, argentinos en el mapa, pero en realidad tierra desierta y casi sin historia.

España no había tenido tiempo de formar allá ciudades como las que dejó en el resto del continente. La Argentina, al emanciparse, poco hizo en el Sur, porque no miramos hacia nosotros mismos y a nuestras necesidades. Y es mucho lo que debiéramos hacer del Río Negro al Sur, para equilibrar la territorialidad argentina, políticamente desequilibrada entre la región de Buenos Aires con ocho millones de habitantes, y aquel enorme desierto en que cabrían naciones. ¡Tremendo interrogante en esta época en que el bandidaje internacional pregunta dónde hay tierra para el espacio vital del nuevo orden!

En el cuerpo del Continente extiéndense tres zonas que solemos llamar, sin tomar el peso de las palabras: “América Inglesa”, “América Portuguesa”, “América Española”; adjetivos que son resabios coloniales, y que contrarían el destino de pueblos que dejaron de ser colonias para convertirse en naciones.

Meditemos ahora sobre ello.

Defienden esos nombres las respectivas metrópolis. porque en ellas hay una especie de nostalgia de los imperios perdidos y por que no se resignan a aceptar esta ley fatal en la historia de las colonizaciones; aunque los pueblos que ellas engendraron con tanto afán han sido dignos de ellas, al haber conquistado la libertad y la civilización.

Hay duplicidad y resentimiento en dichos nombres, y mejor es confesarlo. Yo sé que a un yanqui no le gusta que lo crean inglés, y que un inglés mira al yanqui con cierto aire de superioridad. Por su parte, el portugués no sale todavía de su estupor al ver que el hijo nacido de sus entrañas — el Brasil — es un gigante, demostración de lo que era el espíritu portugués, cuando puñados de hombres locos se lanzaban a los mares, sacando continentes de la nada, fundando ciudades, construyendo civilizaciones. Pero si hay celos entre Inglaterra y Estados Unidos o entre Portugal y Brasil, también

los hay entre España y lo que suelen llamar, anacrónicamente, América española; tercer grupo de pueblos al cual pertenecemos los argentinos.

Podemos aducir: no son inexactas esas denominaciones: América inglesa, porque habla inglés; América portuguesa, porque habla portugués; América española, porque habla español. Otra sutileza sobre la que conviene estar advertido, porque en este asunto anda de por medio la política, la diplomacia, la pasión patriótica. El yanqui tiene su diccionario propio, enriquecido de todas las voces que necesita, así sean francesas, españolas o indias; se le importa poco de la fonética del idioma inglés que enseñan en las aulas de Oxford; el habla un inglés gangoso —el suyo—, y usa las palabras que necesita para expresar su propia vida; su poeta Walt Whitman no canta como los poetas ingleses. El brasileño, por su parte, — aunque mantuvo hasta ha poco la tradición cultural del Imperio que era de origen lusitano, — llama a su idioma, no lengua portuguesa, sino *lengua brasileira*, bautizando con el nombre de su nación al idioma. Nosotros, los de la América española, en cambio, no hemos podido hacer lo mismo que los brasileños, porque fijaos en lo que ocurriría si dijéramos: lengua argentina, lengua chilena, lengua peruana, lengua paraguaya, lengua uruguaya. Sería el caos; ninguno querría ser menos, y cada uno se encargaría de estropear el idioma común para diferenciarlo. Desgraciadamente, lo intentamos alguna vez, en un momento oscuro de la cultura argentina; pero ya ha pasado. Hoy comprendemos la importancia que tiene para nuestro pueblo el seguir unidos con los pueblos hermanos en la comunidad de la lengua. Fué gran fatalidad para los Virreinos españoles que se desmigajaran en tantas naciones, mientras la colonización inglesa se mantuvo maciza en un solo Estado. La colonización portuguesa, a pesar de sus puertos que la inducían a la dispersión federal se mantiene también maciza hasta hoy, con una población de cincuenta millones de hombres formando un gran Estado, con una sola ciudadanía y una sola lengua.

Nuestros pueblos, en cambio, se desmigajaron. De nuestro virreinato salieron argentinos, uruguayos, paraguayos y bolivianos; todos peleándose durante años. Centro América y el Perú presentan un caso análogo.

Para compensar la disgregación política mediante la unidad cultural, debemos mantener la misma lengua, lo cual ofrece dos enormes ventajas: la una, que por esa lengua podemos remontarnos a las fuentes de la civilización Occidental; de aquí a España, de España a Roma, de Roma a Grecia; porque no somos pueblos advenedizos, tenemos una tradición en la historia, y esa tradición cultural consérvase en nuestro idioma. La segunda ventaja es de orden práctico, y se la estimará cuando nuestra América tenga el triple de sus habitantes actuales, cuando los desiertos hayan sido poblados, cuando las comunicaciones sean fáciles, cuando un viajante de comercio pueda ir por varios grados del planeta, desde Ushuahia hasta cerca de California, hablando un solo idioma, y ese idioma sea el nuestro. ¡Qué facilidad para la expansión económica y para la expansión cultural! Nuestro pensamiento volará en alas de la misma lengua éntre millones de clientes y entre millones de lectores.

Pero es ahí donde reaparece el problema de nombres que estoy subrayando: ¿Cómo hemos de llamar a esta lengua que hablamos? Yo tengo cátedra de ella desde hace treinta años en la Universidad, y la llamo en mis programas *Lengua Castellana*. ¿Por qué? Porque así como a la lengua de Roma no se le llamó lengua romana, sino lengua latina, refiriéndose al rincón del Lacio donde se formó, así nosotros volvemos al rincón hogareño de Castilla, donde la lengua nació y creció y se glorificó en obras de arte, desde el Poema del Cid hasta Las Moradas, el Quijote, y el teatro del siglo de oro. Al decir "idioma castellano", recordamos nuestro origen con orgullo. Y no adoptamos la designación de "español", porque siendo designación política de una nacionalidad se despiertan recelos regionales o apetencias imperiales. Por otra parte, no es el castellano la lengua de toda España, como para llamarla

lengua española; allá se habla el vascuense, el gallego, el catalán, el valenciano, el asturiano. España pugna por sobreponer a las hablas regionales, la lengua nacional, la lengua del estado español. Que se lo llame español en España, bien lo comprendo, porque es allá instrumento de unificación política, para un estado que debe reunir pueblos y culturas tan diferentes.

He ahí la razón por la cual aconsejo que digamos "lengua castellana" y no lengua española, con lo que zanjamos toda discusión, sin herir a España y sin someternos a resquemores políticos.

De todas esas disparidades coloniales, han surgido otros nombres: Hispano-América, por adhesión a España; Indo-América, por adhesión al indio; pero también se oye decir: "Ibero América" para unirnos con el Brasil frente a Estados Unidos, o América Latina, para distinguirnos de la América Sajona. Esto último merece un breve comentario.

Cuando se inventó lo de "América Latina", gustó en Francia (*Amerique Latine*) y en Estados Unidos (*Latin America*), no sé si porque así quedaban escamoteadas España y Portugal. Pero yo podría probar que como España y Portugal nuestra América es muy poco latina, y que este nombre puede despertar ilusiones en la actual Roma fascista.

Veamos ahora otro aspecto de la cuestión. Hemos examinado ya el panorama político lingüístico y geográfico de América, y ahora os invito a que hagamos al Continente un corte anatómico en sección perpendicular, buscando conocer este organismo en su composición étnica. Pues nos encontramos con que es superior la población indígena y la mestiza, a la población blanca. Aún en Estados Unidos están comprobando un alto porcentaje de sangre negra y sangre de piel roja, y muchos de los hombres que actúan entre la raza blanca y en la dirección de aquel país, empiezan a no ocultar dicho origen y hasta recuerdan con orgullo que su mestizaje es de la época de los settlers, los fundadores de aquella civilización. Lo mismo ocurre en México, Centro América, Bolivia, Perú,

Ecuador, por su población indígena; Brasil, Venezuela, Santo Domingo y Cuba, por su mezcla de tres razas, según ahora lo ponen de manifiesto sociólogos como Gilberto Freyre. En la Argentina, como en Paraguay y Chile, es mestiza la mitad de la población y, desde luego, los dos tercios de la población rural en ciertas provincias. Es importante recordar que al norteamericano le decimos yanqui, y el uruguayo se complace en llamarse charrúa, y el chileno araucano, y el paraguayo, guaraní.

Pero no se trata del problema étnico de la raza como valor físico; se trata también de la importancia de la raza como entidad espiritual. Apenas nosotros los americanos, negamos lo genuinamente americano, que es lo indígena, empezamos a desvincularnos de América, y eso nos puede llevar del exotismo y el desarraigo, a la traición. Toda otra actitud espiritual en América, es estado impuesto por la colonización o resultado de una transacción con la vida extranjera. Hay que andar con precaución en esos tembladerales y advertir cuales repercusiones funestas puede tener todo ello en política y en educación.

Hagamos ahora otro corte distinto — horizontal — en el cuerpo americano. ¿Cuál es la estructura social, económica, de este continente? Muy simple: extensos desiertos y unas ciudades fundadas por conquistadores, fortines para la ocupación armada de la tierra quitada a los indios y repartimiento de los nativos para su explotación económica. No otra cosa fueron en su origen nuestras ciudades, que en su estado actual son puertos europeizados que han mantenido comunicación marítima directa con las metrópolis europeas y que han dado la espalda a los interiores de cada país, como cada país dió la espalda al hermano del continente. Los chilenos y argentinos pudieron estar muy juntos en la colonia de Valdivia o en la gesta de San Martín, pero después a los chileros los llevaron a mirar al mar y no ver sino por el ojo de Valparaíso, y a los argentinos los llevaron a mirar al mar y no ver sino por el ojo de Buenos Aires, como al Brasil por el ojo de

Río de Janeiro; y así en toda América. Resulta de esta anomalía una falta de sensibilidad territorial. Agréguese a ello la heterogeneidad de la población urbana, la falta de conciencia histórica, el menosprecio al compatriota, la creencia de que la vida aquí en el interior carece de importancia. Mirad las consecuencias que todo ello trae: la desarticulación geográfica del Continente y la descomposición interior de cada país. Toda América yace en esta situación. Sarmiento creyó hallar nuestra clave cuando dijo: "civilización y barbarie", lucha de la ciudad y del campo. A mí no me satisface esa fórmula, porque pone la civilización en la ciudad, que aquí es fortín o factoría, y la barbarie en el campo, cuando en el campo hoy crece el trigo y la emoción rural ha sido la inspiradora de nuestro arte. ¿Por qué ha de ser barbarie la vida rural? Si al menos se refirieran a nuestros grandes desiertos. Pero de esas confusiones ha quedado el prejuicio contra el que vive y trabaja en los campos, acentuando el desequilibrio demográfico entre ciudad y campaña. Así mismo se crea confusión al olvidar que nuestras ciudades por su origen son distintas de las ciudades clásicas que se formaron como Atenas o Roma como centros de defensa militar y económica por agrupación de agricultores. Las ciudades americanas en cambio, por su origen anómalo, han sido punto de apoyo para la influencia cultural, financiera y demográfica de lo extranjero.

El examen que estoy realizando con minuciosa crueldad prueba que América es una fuerte realidad geográfica, pero que no ha alcanzado aun la jerarquía de una *persona histórica* culturalmente organizada y espiritualmente autónoma. Todo lo humano aparece en ella socialmente dislocado y sometido a influencias extracontinentales, desde su descubrimiento europeo hasta nuestros días. Dijérase que no hemos salido de la etapa colonial, aunque es evidente que debemos esforzarnos para superar esa etapa que nos disminuye y retarda. Gentes, ideas, intereses preponderantes, son aquí exóticos. Por reacción contra tal hecho, se dijo hace más de cien años "América para los americanos", y se ha llamado "paname-

ricanismo" al plan que en el último medio siglo ha querido congregiar nuestras naciones en un consorcio político. Cronológicamente posterior al panamericanismo, sería lo que llamo americanidad; pero esto es cosa diferente de aquello, como paso a explicarlo.

Americanidad no es sistema cerrado de conceptos, ni doctrina para transmitir por vehículos meramente intelectuales. Americanidad es estado de alma que nos permite el coraje de ver nuestra realidad, a la vez que sentir la unidad espiritual de este mundo naciente; comprender las anomalías de aquel proceso social y armarse de la capacidad necesaria para superarlo. América es problema, drama, interrogación al destino y ansia de alcanzarlo. Por eso americanidad expresa un sentimiento místico más que un pensamiento político.

No debemos confundir Americanidad con Panamericanismo, intento éste de reunir a nuestros pueblos por vínculos exteriores, muy útiles pero quizá llenos de peligro, porque nuestro Continente se halla desparejamente desarrollado. Las condiciones de capacidad económica y cultural de unas zonas del Continente no son las mismas de otras. Una zona de América situada en la región del Ecuador o de Centro América — pongo por caso — tiene que supeditarse a la capacidad técnica de la América que está en Estados Unidos. No es porque Estados Unidos sean desembozadamente imperialistas, sino que eso es lo fatal en la gravitación de elementos dispares. Los pueblos menos capaces, al juntarse con los más capaces, quedan sometidos a la superioridad de estos últimos, y entonces no hay ventaja en aislarse, ni la hay en murmurar contra los imperialismos. Cada uno es lo que puede, y el discurso que debemos pronunciar en tales casos es el discurso contra nosotros mismos, contra nuestra rutina, contra nuestra ignorancia, contra nuestra inconciencia, contra nuestra frivolidad, contra nuestra venalidad.

Aunque aplaudís algunas de mis verdades, yo sé que esta conferencia puede parecer de tono pesimista; pero no lo es. Simplemente se trata de que hemos debido aventurarnos por

camino escabroso, para llegar a cimas en donde alumbre nuestra esperanza. Americanidad, os he dicho, es un estado místico del alma americana que nos permite sentir la unidad íntima de América, en tierra y en espíritu, a fin de realizar políticamente esa unidad, superando lo que nos desarraiga o desune. Considerar, pues, si tal unidad histórica puede expresarse en términos dialécticos. Yo creo que sí, y de ello nace mi esperanza.

Problema fundamental para nuestros países es una cuestión ultimamente presentada por un profesor norteamericano y que se puede enunciar así: — *¿Hay una historia americana?* — Fijaos que a esta altura del tiempo nos estamos preguntando todavía eso: — *¿Hay una historia americana? ¿Por qué?* — Porque la historia americana, tal como la hacemos, no parece sino la historia de la expansión de Europa en América; luego, es historia europea.

A esa pregunta, yo contesto que hay una historia de América, distinta de la de Europa o de la de Asia, y que tiene características propias. Nuestra historia continental se caracteriza por lo siguiente:

América ha estado primeramente habitada por hombres prehistóricos que hasta hoy subsisten; y estos hombres han dejado grandes monumentos de arte, pero su historia se interrumpe de golpe en 1492, en la fecha de hoy, y comienza para toda América una nueva etapa. En esta segunda etapa, América refunde su estado anterior, en otro de nuevos temas: cambia sus lenguas, su religión, sus instituciones, sus vestidos, sus modos de trabajar y de vivir; y eso es la época del coloniaje, que dura tres siglos, y se extiende lo mismo a Estados Unidos, Brasil y nuestra América; forma y función común a todo el continente. Llegamos después a una tercera etapa, en que maduradas esas colonias se levantan y se constituyen como estados independientes y como repúblicas, lo mismo Estados Unidos que nosotros a favor de instituciones nuevas y de tratados internacionales, todas ellas entran en un proceso de actividad económica, de gran desarrollo técnico, y con la

inmigración que afluye, se produce sobre el primitivo plantel, una impregnación de nueva gente, con la inmigración cosmopolita del siglo XIX, fenómeno también continental, común a Estados Unidos, Brasil, la Argentina y demás pueblos de nuestro origen.

Ante esas formas homólogas y esos ritmos continentales, afirmo que América espiritualmente existe y que hay una historia americana, porque al final de cuentas, pasó por la prehistórica indígena, por la colonización europea, y la emancipación republicana, constituyéndose en democracia; toda América ha reconocido la libertad de cultos, aunque funda su religiosidad en el Evangelio; toda América ha asentado su prosperidad en las instituciones libres y en el trabajo que abre posibilidades al crecimiento de cada hombre y de cada nación. Reconocemos en el continente aspectos regionales meramente anecdóticos y diversos grados de progreso, pero todos marchamos por ese mismo camino. Luego, pues, hay una historia de América. América tiene forma, función, conciencia, vida y destino; y a pesar de todas las incongruencias que yo he estado señalando esta tarde, venimos a concluir en esta nueva idea: América es unidad, y americanidad es la intuición de esa unidad.

El momento actual del mundo, del cual ha hablado tan admirablemente nuestro Rector, es trance en que nuestra mente debe despertarse y vigilar, porque el horizonte está lleno de riesgos. Vemos allá pueblos que contribuyeron al descubrimiento de los mares, a la colonización de los continentes nuevos, a la extensión de lenguas y costumbres que han redondeado la tierra, establecido una fraternidad de pueblos y creado por primera vez en la especie la conciencia viva de lo que se llama el Género Humano. Gracias a aquellos pueblos, el hombre en Shanghai, en Cuzco, en Pretoria, en Argel, viste, piensa, vive, y goza de ciertas máquinas, como el hombre del Canadá, de Estados Unidos, de la América Española, de la Oceanía, del resto del globo. Esta unidad de la tierra, acentuada últimamente por el progreso de las comunicaciones — la radio, el avión

—, nos ha dado una nueva medida de la distancia y del tiempo, que no conocieron nuestros antepasados. La historia marcha hoy muy ligero y se mueve sobre los caminos de un planeta abreviado; pero este mundo está en guerra, y el choque actual se ha trabado entre los pueblos que fueron las antiguas Metrópolis — descubridores, colonizadores, fundadores, los que a pesar de sus abusos o errores, enseñaron el camino del trabajo y de la libertad —, y ellas aparecen frente a pueblos que no colaboraron en las culturas clásicas del Mediterráneo, ni en la misión de Israel, Grecia, Roma, Francia, España, Holanda, Inglaterra o Portugal; pueblos muy capaces en cierto orden de actividades, pero advenedizos en el sentido de que ellos no hicieron los descubrimientos de esta expansión que produjo la comunidad de la Tierra e hizo posible la fraternidad universal de los hombres.

Como en un paréntesis, quiero aquí decir con franqueza que entre mis grandes admiraciones está Goethe, está Wagner, está Hegel; reconozco la notable capacidad del pueblo alemán, sus valiosas contribuciones que en las ciencias físicas y biológicas ha dado a la civilización, especialmente cuando ya América se había emancipado y cuando ya el mundo había alcanzado su forma actual. Y por ese mismo reconocimiento yo me pregunto: ¿Qué fatalidad es ésta, de un pueblo tan admirablemente dotado para servir a la humanidad en la paz, pero que se obstinan en desviar la historia del mundo por medio de la sangre y de la guerra?

No es posible suprimir lo que del pasado necesariamente sobrevive. La evolución humana es cambio pero también continuación, y, como los grandes ríos, ni se corta ni recomienza. La guerra actual parecerá algo absurdo dentro de pocos años, y como afán de conquistas militares será episodio efímero. Ella sólo valdrá en cuanto haya contribuído a continuar la evolución de la especie, en la dirección de un mejoramiento de la vida humana. Y tal como fué fatal para los indios la colonización, y eso se consumó; y fatal para los colonizadores la emancipación, y eso se consumó, así ahora nuestro Conti-

nente, en virtud de la Americanidad, cobra conciencia de su origen, de sus instituciones, de su ubicación en el mapa moral del mundo, y comprende esta contienda y su riesgo para nosotros, por el antojo delirante o desesperado de hombres que, en realidad, no contribuyeron a la formación del mundo histórico en que se han criado las naciones americanas.

América, señores, tiene ya una conciencia que la hace amar la paz, la libertad, el trabajo, la justicia, la fraternidad humana, todo, en fin, lo que está políticamente comprendido en la Constitución Argentina que invoqué en el exordio de mi Conferencia.

La democracia de los pueblos de América, no es la de Aristóteles que aceptó la esclavitud, ni la de Rousseau, más cercana al instinto que al espíritu. La democracia en América ha nacido de una realidad viva; y ha tenido sus propios mentores, soldados y filósofos americanos. Por eso digo a la juventud de nuestra Universidad, que si no quiere extraviarse en estos tiempos sombríos de propagandas ajenas, que se atenga a nuestra propia tradición, y para no caer en la trampa de las discusiones sobre la democracia, que plantee netamente la decisión entre los que están con la Constitución y los que están en contra de la Constitución.

Eso es Americanidad, señores. Ved que no digo Americanismo, ni Panamericanismo, sino algo menos intelectual y mecánico. Digo "americanidad" o sea conciencia de nuestra tierra, de nuestra gente y de nuestro destino. Esa conciencia se despierta por el planteamiento de todos los problemas que no he tenido tiempo sino de enunciar esta tarde. Para reparar tantas anomalías, incongruencias, peligros, debemos confiar en nosotros mismos. Necesitamos una economía, una política, una educación, pero antes necesitamos un espíritu. América es una tierra, es una gente, es un destino. A nuestra tierra todos la amamos, pero sobre ella hay también un cielo. Pocas tierras hay en el hemisferio Sur, pues la mayor porción de continentes está en el otro hemisferio; pero en cambio este hemisferio austral en donde vivimos cuenta muchas más es-

trellas que el del Norte; y entre esas constelaciones, están Las Tres Marías, paradigma celeste de las boleadoras del gaucho, y está la Cruz del Sur que comanda a la América, repitiéndole en sus signos de luz: ¡Amaos los unos a los otros!

RICARDO ROJAS

